

## **CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE EL PARTIDO LIBERAL**

Sumario.—La mujer norteamericana.—La “mulata” Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio.—Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago. La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones de anarquistas. Lucy Parsons en Nueva York.—Su elocuencia.—Escena memorable en Clarendon Hall.—Carácter viril de la mujer norteamericana y su razón.—Una mujer decide el debate en una convención política.—La mujer como organizadora y empresaria.—La mujer en los teatros: Helen Daubray: Lilian Olcott y la *Fedora* de Sardou.—Mrs. Langtry.

Nueva York, 17 de octubre de 1886

Señor Director de *El Partido Liberal*

“Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo”: eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en Nueva York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago, los convictos en el proceso de la bomba, los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! Ahora parecen más que antes: se reúnen con más frecuencia: afirman con más atrevimiento sus ideas! se ven injustamente miserables; desesperan de la posibilidad de reducir al mundo por la ley a un sistema equitativo; se sienten como purificados y glorificados por el espíritu humanitario de sus dogmas; se convencen de que la civilización que usa la pólvora para hacer cumplir su concepto de la ley, no es más legal ante el alma del hombre que la reforma, que, para hacer cumplir la ley tal como la concibe, usa la dinamita, que no es más que pólvora concentrada. Y como cualquiera que sea el extravío de sus medios y la locura de su propaganda, es verdad que esta y aquellos arrancan de un espíritu de justicia ofendido en las clases humildes siglo sobre siglo, y de una compasión febril por los dolores del linaje humano, resulta, hoy como siempre, que el mundo se dispone a olvidar las manchas rojas que deshonoran la mano, atraído por el rayo de luz que brota de la frente: y que un grano de piedad basta a excusar una tonelada de crimen.

En la certeza de sus móviles humanitarios toman fuerza para arrostrar el martirio de estas criaturas de juicio desequilibrado, ya por la viveza e intensidad de sus penas, ya porque no es la fetidez de los agujeros de los artesanos buen lugar de cría para la divina paciencia con que soportan el ultraje los redentores. Si a duras penas concibe cada civilización un Jesús, ¿cómo se pretende que sea un Jesús cada uno de estos pobres trabajadores? Así al ver

próximos a morir a siete de sus compañeros en la horca, no se paran a pensar en que de sus manos salió un proyectil de muerte, porque no ven su proyectil más criminal que la bala de un soldado, que también sale a matar en la batalla sin saber adónde: sólo ven que van a morir sus siete amigos por el delito de buscar sinceramente el que ellos miran como modo de hacer feliz al hombre; y los arrebató, esa es la verdad, la misma voluptuosidad de sacrificio que poseyó cuando la iglesia virgen a los mártires cristianos. ¡Ah, no: no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz. No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce.

Aquí el aire está cargado de estos problemas: no hay otra cosa en el aire: se oye el ruido cercano de la cólera: en Nueva York los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol Henry George mayor de la ciudad: en Richmond hay un Congreso de Caballeros del Trabajo, que hace alarde de simpatía a la raza negra: en todos los Estados los gremios de obreros entran en masa en la política, y en algunos triunfan de lleno y eligen casi sin obstáculos a la legislatura y al gobernador: todavía funcionan por encima, como actores segundones que entretienen la escena, los partidos y personajes que han perdido con el uso de eficacia y pureza; pero de todas partes se asiste a la elaboración de una fuerza tremenda: nadie se oculta la importancia de los nuevos sucesos: es preciso hablar de esto.

Sí: los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira. Y se ve aquí, como en aquellos tiempos de almas, que esa exuberancia de amor al hombre crea lazos más fuertes entre los que la sienten en común, y da al cariño de los amantes y a los deberes de familia una poesía e intensidad que les visten de flores el martirio.

Ayer mismo se asistió en Nueva York a una escena de interés penetrante y extraordinario. En ninguna iglesia de la ciudad hubo ayer domingo un sacerdote más ferviente; ni una congregación más atribulada, que en Clarendon Hall, el salón de los desterrados y los pobres. Pugnaba en vano la concurrencia de afuera por entrar en la sala atestada, donde hablaba a los anarquistas de Nueva York, alemanes en su mayor parte, la Lucy Parsons, la "mulata" elocuente, Lucy Parsons, la esposa de uno de los anarquistas condenados en Chicago a la horca.

El sábado llegó. Anda hablando de ciudad en ciudad para levantar la opinión pública contra la ejecución de la sentencia a muerte. En la estación la esperaban un centenar de personas, y entre ellas muchas mujeres y niños. Todas las mujeres la besaron: lloraban casi todas: dos niñas le ofrecieron un ramo de rosas rojas: "La bandera roja", dice ella, "no significa sangre: significa que las grandes fábricas donde hoy se asesina el alma y cuerpo de los niños, se convertirán pronto en verdaderos kindergartens." Sabe de evolución y de revolución, y de fuerzas medias, de todo lo cual

habla con capacidad de economista lo mismo en inglés que en castellano. "La anarquía está", según ella, "en su Estado de evolución: luego vendrá la revolución, si es imprescindible: y luego la justicia". "La anarquía no es desorden, sino un nuevo orden." He aquí cómo ella misma la describe, con sus propias palabras: "Pedimos la descentralización del poder en grupos o clases. Los agricultores proveerán a la comunidad con un tanto de los productos de la tierra, con otro tanto de zapatos los zapateros, los sombrereros con otro tanto de sombreros, y así cada uno de los grupos, de modo que quede cubierto el consumo nacional; del que se publicará una cuidadosa estadística. La tierra será poseída en común, y no habrá por consiguiente renta, ni intereses, ni ganancias, ni corporaciones, ni el poder del dinero acumulado. No pesará sobre los trabajadores la tarea brutal que hoy pesa. Los niños no se corromperán en las fábricas, que es lo mismo que corromper a la nación; sino irán a los museos y a las escuelas. No se trabajará desde el alba hasta el crepúsculo y los obreros tendrán tiempo de cultivar su mente y salir de la condición de bestia en que viven ahora. El que trabaje comerá, dentro de nuestro sistema, y el que no, perecerá, lo mismo que hoy: pero no se amontonarán capitales locos, que tientan a todos los abusos: no habrá dinero de sobra con que corromper a los legisladores y a los jueces: no habrá la miseria que viene del exceso de la producción, porque sólo se producirá en cada ramo lo necesario para la vida nacional."

De todo esto, por supuesto, sólo se puede considerar el buen deseo, y la verdad de los dolores punzantes que por serlo tanto llevan los planes de reforma a tal exceso. En esos planes falta el espacio preciso para el crecimiento irrepresible de la naturaleza humana, que es la base de todo sistema social posible; porque un conjunto de hombres, sólo por transición y descanso puede ser distinto de como el hombre es: lo innatural, aun cuando sea lo perfecto, no vive largo tiempo. El hombre tratará de satisfacer siempre en lo tangible del mundo su ansia de lo desconocido e inmenso.

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondeado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes; los labios llenos; las manos finas y de linda forma. Viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en un arranque cómico, que parece roído con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos

hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora, sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala henchida; un campo de espigas encorvadas por el viento.

No desenvuelve la palabra graciosamente, sino la emite con la violencia de la catapulta. Los ojos ora le relampaguean, ora se le llenan de llanto: adelanta el brazo con lentitud, como si lo retuviese al extenderlo: todo en ella parece invitar a creer y subir. Su discurso, de puro sincero, resulta literario. Ondea sus doctrinas, como una bandera: no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación: dice que en la reunión en que estalló la bomba, la policía se echó encima de los hombres y mujeres con el revólver en la mano y el asesinato en los ojos: los anarquistas llevaron allí la bomba, para resistir, como la policía llevó el revólver, para atacar: "¡Miente!", exclama, "el que diga que Spies y Fischer arrojaron la bomba!" No se abochorna de confesar sus hábitos llanos: "Fischer", dice, "estaba entonces tomando cerveza conmigo en un salón cercano. ¿Quién ha dicho en el proceso que vio tirar la bomba, a ninguno de los condenados? ¿Acaso los que van a matar llevan a ver el crimen, como llevó mi marido, a su mujer y a sus hijos?" "¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! Alguno, indignado por el asalto de los policías, lanzó la bomba que causó las muertes: ¿qué culpa tiene el dolor humano de que la ciencia haya puesto a su alcance la dinamita?"

Cuando habla de la miseria de los obreros halla frases como esta: "Oigo vibrar y palpitar las fábricas inmensas; pero sé que hay mujeres que tienen que andar quince millas al día para ganar una miserable pitanza." "Decid que no es verdad, a los que os dicen que aquí se adelanta. Cuando a mis propios ojos andaban en Chicago descalzos diez mil hijos de obreros, en Washington se presentaba en un baile una señora con todo el vestido lleno de diamantes, que valían \$850 000: y otra llevaba en el pelo \$75 000, y el pelo después de todo no era suyo! ¡No! no es bueno que los ojos de vuestros hijos pierdan su luz puliendo esos diamantes" "¡Oh, pobre niño de las fábricas";—seguía diciendo con el cuerpo inclinado hacia delante, con la voz convulsa, con las manos tendidas a su auditorio en gesto de plegaria,—"oh, pobre niño de las fábricas: las lágrimas que ahora hacen correr por tus mejillas la avaricia y la brutalidad, se transformarán pronto en caricias y en besos. Los hombres que las ven correr las secarán con sus robustos brazos. No los detendrá en su camino de justicia el hambre, la mentira ni la horca, sino se erguirán y padecerán como sus padres bravamente, y salvarán por sobre sus cabezas, si es preciso a sus hijos!"

En este instante, la concurrencia que se apretaba a las puertas, aprovechando el silencio de emoción que acogió estas

palabras, braceó por entrar en la sala. No podían. "¡Hurra", gritó una voz, "hurra por los anarquistas de Chicago!" Por un impulso unánime saltó sobre sus pies la concurrencia. Dicen que temblaban las mejillas de ver aquella escena. Les corrían las lágrimas a los hombres barbados. Las mujeres, de pie sobre los asientos, movían sus pañuelos. Las niñas gritaban "hurra" alzando sus manecitas, subidas sobre los hombros de sus padres. ¡Hay tanto triste en el mundo que de recordar estas cosas se aprieta involuntariamente la garganta! *La Marsellesa* unió a ese arrebató sus notas eternas.

Singular espectáculo, el de esa mujer que recorre los Estados Unidos pidiendo desde los escenarios, desde las aceras, desde las plazas públicas, justicia para su propio esposo condenado a muerte. Pero no parece tan raro si se observa la prominencia curiosísima de la mujer en la vida norteamericana. No se trata sólo de aquel rudo desembarazo y libertad afeadora de que aquí la mujer goza; sino de la condensación de ellas, con el curso del tiempo, en una fuerza viril que en sus efectos y métodos se confunde con la fuerza del hombre. Esta condición, útil para el individuo y funesta para la especie, viene de la frecuencia con que la mujer se ve aquí abandonada a sí misma, de lo mudable de la fortuna en este país de atrevimiento, y de lo inseguro de las relaciones conyugales. Aquella encantadora dependencia de la mujer nuestra, que da tanto señorío a la que la sufre, y estimula tanto al hombre a hacerla grata, aquí se convierte en lo general por lo interesado de los espíritus en una relación hostil, en que evaporada el alba de la boda, el hombre no ve más que la obligación, y la mujer más que su comodidad y su derecho. Ni cede la mujer tan dulce y ampliamente a su misión de darse, como se da a la noche la luz de las estrellas; sino que, por lo áspero e independiente de la existencia, el amor va quedando en ellas, cuando no muerto, amenguado hasta su expresión fea del sentido: y como sólo se aperciben de él en esta forma tediosa e intermitente, tiénelo en mucho menos que la independencia que conviene a sus espíritus sin cariño. En otros casos desenvuelve la persona de la mujer su larga soledad, las pruebas de una vida sin simpatía ni apoyo, o el disgusto de un brutal marido. Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no sólo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación; sino en la creación y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y ridiculez con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hay día en verdad, sin caso notable. Hace unas dos semanas luchaban con escándalo los partidarios de una Convención política, y fueron vanos durante días enteros los empeños de calmarla, hasta que una señora que disfruta de buen nombre de abogado expuso con tal lucidez las quejas de una y otra parte, y los llamó a razón en un discurso tan lógico, que la Convención votó con

ella, y hoy la miran como árbitro de la política del Estado, sin que la acuse nadie de "media azul", como llaman aquí a las marisabidillas, antes dicen que lleva su triunfo con sencillez y modestia.

En Nueva York crece a ojos vistos la fortuna de una bella señora que se vio caer en un día de lo más alto de la riqueza a la miseria en su palacio vacío: le quedaban sus muebles inútiles, sus hijos sin pan, su puerta sin amigos y su marido en fuga. Sabía que en una tienda de objetos de arte apreciaban mucho el gusto fino de que había dado muestras cuando compraba en su hora de abundancia las lindas chucherías de que tiene aún llena su casa: y la aristocrática mujer que tenía fama en las mayores ciudades de Estados Unidos, de rica y hermosa, ofreció sus servicios como vendedora a la tienda de objetos artísticos. Llamaron pronto la atención a los parroquianos el tino de sus consejos, y la gracia con que disponía las compras sus casas. Empezaron a comisionarla para que alhajase casas enteras. Se puso al oficio con una bravura de domadora. Con sus primeros ahorros imprimió circulares. Y en tres años apenas ha levantado con su industria tan amplio modo de vivir que ya puede habitar su casa propia, a donde ha vuelto por camino más seguro a manos de la mujer el lujo que se perdió en ella a manos del esposo.

Y hoy mismo se lee en los diarios otra curiosa noticia. Acá se ha zurcido una compañía de ópera americana, compuesta de alemanes, franceses, suecos, italianos, y una bailarina de Boston: y la verdad es que el año pasado no cantaron mal, y está en vías de formarse permanentemente con sus productos un conservatorio de música, donde de veras aprendan arte los aficionados americanos. En un año se puso en pie la empresa, contrató gran número de artistas, creó un cuerpo de baile; representó en los teatros mejores de los Estados Unidos, ganó lindamente ciento cincuenta mil pesos. Porque sólo por ser americana, se llenaban los teatros de gente. ¿Y quién sacó sobre sus hombros toda esta obra? Una señora rica, que la concibió y puso en práctica; que reunió entre amigos la primera suma, que organizó a su modo la administración, y que ahora, dejando sin pena su casa de Nueva York, está en San Luis agenciando la colecta de unos cincuenta mil pesos que necesita para llevar a término su empresa favorita.

En los teatros no sólo triunfan las damas como actrices sino como organizadoras y dueñas. Helen Daubray, que es americana a pesar de lo francés del nombre, ha establecido por primera vez, en un teatro en bancarrota, el drama nativo: un drama que dicen bello, aunque las escenas de más vida suceden en una estación de telégrafos, y descarrilamientos y telegramas figuran entre los recursos de la trama: dos trenes chocan en la escena: la heroína se decide en su deber de telegrafista a poner un despacho que ha de costarle su propia ventura. En otro teatro, Lilian Olcott, una actriz sin talento, compra a Sardou mismo en París e introduce aquí con pompa, esa rapsodia desconocida y brillante que morirá con Sarah Bernhardt y sus decoraciones, a quienes debe la majestad e interés aparente que la salvan, porque figura de la habilidad de zurcidor

que en algunas escenas maravilla, es *Fedora* una desmayadísima invención, en que no vibra la humanidad, ni el interés cubre los huecos de la armadura, ni se levanta un carácter. Y Mrs. Langtry, con su talle de flor, tiene lleno de aromas, y de música maga y sutil el teatro de la Quinta Avenida donde, realzando con un talento verdadero su exquisita hermosura, representa con la compañía de que es cabeza esa finísima comedia de Sardou *Nos Intîmes*, que en inglés se llama *El peligro de una esposa*. No parece mujer, sino lira, o jazmín que anda.

*El Partido Liberal*, México, 7 de noviembre de 1886, [Mf. en CEM]